

Homilía de Pascua

Hoy,
el primer día de la semana,
todavía de noche,
queriendo madrugar incluso antes de acostarnos,
como los niños que esperan a los reyes magos,
estamos esperamos la vuelta del Señor resucitado.

Fuimos con las mujeres hasta la tumba
y al contemplar la losa de la entrada
recordamos todo el peso con que carga nuestra vida
y cómo ciega la luz
que, con dolores de parto, hace fuerza por nacer.

Hoy, junto a ellas, nos arrimamos unos a otros
para que la fe se haga calor de intimidad,
y nos convirtamos en ángeles de paz
que mueven tanta piedra que aísla el corazón
en la dura oscuridad de la existencia.

Hoy, en el hueco claroscuro de este mundo,
tantas veces convertido en cementerio de esperanzas,
nos decimos:

¡Ha resucitado!

y al felicitarnos,
los besos se reparten
con el sello del amor resucitado del Señor.

Hoy volvemos a oír aquella voz siempre nueva:
¡que haya luz!

Y la noche es noche y no tinieblas
y la noche se convierte en el tiempo de la espera
de aquel alba
decidida a romper nuestras empecinadas sombras.

Hoy volvemos a oír:
¡que haya tierra firme!

Y nuestros pies empantanados en el barro frágil de la vida
encuentran un suelo que sostiene
porque Dios vuelve a caminar entre nosotros.
Para siempre.

Hoy volvemos a oír:

¡que brote hierba verde!

Y las tierras áridas sembradas de sal por nuestros odios
se abren a una nueva sementera y ven entre-nacer el perdón
porque el agua viva del costado de Cristo vuelve a manar
y jamás se agotará.

Hoy escuchamos:

¡que vuelen las aves y los peces salten en el mar!

Y cesa el diluvio de rencores invencibles y violencias incurables
porque Cristo asciende como un colibrí
y, sostenido a nuestra altura
espera perseverante poder paladear el néctar
de nuestro corazón convertido al amor.
Y atraviesa el mar de dudas nuestra barca, la Iglesia,
porque Cristo, como un delfín,
saltando entre el fragor de las olas
nos invita a dejarnos guiar
por la alegría de vivir la misma vida de Dios.

Hoy oímos

y ya nunca se dejará de oír:

¡Tú eres mi hijo amado. Ven a mí!

Y la vida rompe a cantar
porque los campos donde se enterró el grano de trigo
ofrecieron ya el pan de Cristo,
vida eterna para todos.

Cristo dio a luz la eternidad en nuestro cuerpo
El cielo crece a nuestro lado
y a nosotros nos espera una lucha
vencida de antemano.

No tengáis miedo.
Cristo ha resucitado.

Felices Pascuas.